

TARIQ RAMADAN

Mi visión
del
islam
occidental



Kairós

Tariq Ramadan

**MI VISIÓN DEL ISLAM
OCCIDENTAL**

Traducción del francés de
David González Raga y Fernando Mora

editorial **K**airós

Título original: FACE

NOS

PEURS

À

© 2010 Giulio Einaudi Editore S.p.A.
Published in Italian as *Islam e libertà*.

© de la edición en castellano:
2011 by Editorial Kairós, S. A.
www.editorialkairos.com

© de la traducción del francés: David González
Raga y Fernando Mora

Primera edición: Febrero 2011
Primera edición digital: Mayo 2011

ISBN: 978-84-7245-720-1
ISBN epub: 978-84-9988-012-9

Composición: Grafime. Mallorca 1. 08014
Barcelona

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

*A François Burgat,
a Alain Gresh*

SUMARIO

Prefacio: Sobre la visibilidad

Introducción

Los inicios

Musulmán e “intelectual controvertido”

Varios frentes, dos universos y una sola palabra

Crisis cruzadas

Cambios rápidos y revoluciones silenciosas

Identidades múltiples. ¿Qué es antes, español o musulmán?

El islam europeo: religión y cultura

Musulmanes “culturales”, reformistas, literalistas, etcétera

Los logros

Los retos

La cuestión de la mujer

La sensación de pertenencia y el enfoque “postintegrador”

Cuestiones sociopolíticas y medios de comunicación

Las raíces de Europa

La reforma y las seis “ces”

Europa y su espejo: un nuevo “nosotros”

Frentes y críticas

Conclusión

ANEXOS

PREFACIO: SOBRE LA VISIBILIDAD

Las controversias se suceden de un modo que parece repetirse. En los últimos cinco años me he visto sumido en polémicas que, más allá de mi persona, ponen de relieve la naturaleza de los problemas a los que se enfrentan las sociedades occidentales. Resulta evidente que el pluralismo político no garantiza la gestión adecuada y serena del pluralismo cultural y religioso. Tanto en Francia como en los Estados Unidos, Bélgica, Suiza, Inglaterra, Italia, España y, más recientemente, los Países Bajos, me he visto obligado a participar en debates nacionales que parecen coincidir con la nueva visibilidad de los ciudadanos occidentales de confesión musulmana.

Cada país cuenta con su cultura, su sensibilidad y sus “puntos de fricción” y también, en consecuencia, con su propia lista de contenciosos sin resolver con el islam y los musulmanes, como el “velo islámico” en Francia y Bélgica, las cuestiones ligadas a la homosexualidad y a los comportamientos individuales, los minaretes en Suiza, etcétera. Por su parte, la violencia, la mujer y la *sharî'a* son, entre otros, temas recurrentes en todas partes. El islam suscita muchas cuestiones. El islam es un problema.

Todas estas polémicas parten del asentamiento de sucesivas generaciones de musulmanas/es que han acabado convirtiéndose en ciudadanas/os de sus respectivos países. Una vez instalados, salen de su aislamiento, de su gueto social y de su marginalidad socio-política y, como bien señaló hace ya algunos años la socióloga Nilufer Göle, se tornan visibles. Pero esta visibilidad refleja, al tiempo que demuestra, su apertura: no se trata del establecimiento de una nueva “comunidad religiosa o cultural”, sino de la emancipación de una antigua categoría socio-económica (a la que se añade la pertenencia mayoritaria a un mismo origen cultural y a una misma religión) que se había visto doblemente marginada, geográfica y socialmente.

Dependiendo de las crisis y las controversias, se disparan los temores y se oponen las percepciones. Entonces es cuando el miedo, la desconfianza y la sospecha se instalan, convirtiendo el debate cultural y religioso en una abierta discrepancia caracterizada por la crispación y la sordera. Los medios de comunicación informan de los hechos, amplificando las reacciones, y los políticos responden a la controversia (llegando incluso, en ocasiones, a instrumentalizarla) y nos sumen en dinámicas que escapan a nuestro control. Entonces, las posturas se radicalizan provocando una especie de escisión binaria que atraviesa todos los partidos políticos, tanto de izquierdas como de derechas, y, a una escala mayor, las poblaciones de las sociedades occidentales. Cuando, tiempo atrás, se hablaba de un posible “choque de civilizaciones”, yo esboqué el concepto de “choque de percepciones”, es decir, de un conflicto de imágenes proyectadas sobre uno y los demás que amalgama por igual dudas propias, temores y prejuicios sobre los demás y simple ignorancia (tanto con respecto a uno mismo como a los demás).

Hay veces en que las posturas ideológicas y políticas se hallan poco definidas. En la nebulosa de propuestas y frente

a la visibilidad del “otro”, la insistencia en los debates en torno a la cuestión de la “identidad” se torna peligrosa y genera exactamente lo contrario de lo que cabría esperar. Y, en los momentos más crispados, nuestras identidades se tornan negativas y se establecen por diferenciación (es decir, por crispación o rechazo) de la que consideramos que es la identidad del otro. De ese modo, sin embargo, acabamos construyendo una “identidad sustraída”, compartimentada y rígida, cuando lo que realmente necesitaríamos sería, por el contrario, acceder a una sensación de identidad múltiple, abierta y en continua transformación.

La presencia y proximidad del otro inquieta y molesta. Por eso las crisis se han multiplicado en torno a los fenómenos más visibles y espectaculares, como el pañuelo islámico, el *niqab* (velo que cubre el rostro), el *burka* o los minaretes, a los que habría que añadir expresiones culturales o religiosas percibidas como “ajenas”, es decir, diferentes, inusuales y demasiado “visibles”, porque todavía no se han “normalizado”, es decir, todavía no se han “neutralizado” (en el sentido de asumir, en el espacio público, un papel “neutro”). La violencia ha sido, obviamente, un importante elemento amplificador que ha provocado fuertes reacciones emocionales de rechazo ante los asesinatos indiscriminados perpetrados, en nombre de la religión musulmana, contra personas inocentes. La confluencia de todos estos factores explica por qué la situación actual y la “nueva visibilidad” de los musulmanes -que es, por naturaleza, una situación histórica transitoria (porque todo lo nuevo acaba tornándose, algún día, en viejo)- siguen trayendo su cuota de crisis cíclicas. Así es como hemos acabado recalando nuevamente en tiempos de una peligrosa “emocionalidad política”. Otro nombre para la política que apela a las emociones es el de “populismo”, un fenómeno del que ninguna sociedad contemporánea se halla completamente a

salvo. Así es como el antiguo fantasma del racismo se cierne amenazador sobre nuestro futuro.

Por lo que respecta a los debates de la sociedad sobre el islam, yo suelo desempeñar el papel de “intelectual visible”. Así es como, a menudo, he sido objeto de críticas muy emotivas y blanco de proyecciones que si bien, en ocasiones, me han divertido, en otras, sinceramente, debo decir que me han preocupado. No es fácil asumir, en el ámbito intelectual, el papel que el minarete desempeña en la calle. Presente y, aunque en apariencia tan diferente, asentado entre “nosotros”. Pero el “nosotros” nebuloso, reactivo, excluyente y, a veces, dogmático, me ubica “fuera”, en el “vosotros” de la diferencia, como un extranjero, como el “otro”. Recientemente, durante una conferencia celebrada en el mes de mayo de 2009 en Estoril (Portugal), en torno al tema de “nuestra” Europa, me vi interpelado en un par de ocasiones como si fuese un extranjero en Europa. El ex presidente español José María Aznar, al afirmar que no había más que “una civilización (?) de gente civilizada”, no sabía exactamente dónde colocarme. Entre el “nosotros” restrictivo y el “nosotros” dominante hay un espacio en el que puede ubicarse perfectamente a quienes se consideran “extranjeros”, poco “civilizados”, susceptibles de ser dominados, sometidos o domesticados. Estos son los extranjeros del interior, “ciudadanos inmigrados” o “inmigrados ciudadanos” alóctonos (según la terminología neerlandesa) que jamás llegarán a ser completamente autóctonos. No resulta fácil traducir bien percepciones que desafían, de veras, las categorías más elementales del Derecho.

Las percepciones son hechos cuya influencia en el debate contemporáneo hay que tener muy en cuenta. Los resultados de una encuesta reciente del Instituto estadounidense Gallup^[1] (realizada en mayo de 2009) ponen de relieve el extraordinario abismo que existe entre las poblaciones europeas, en general, y sus conciudadanos

musulmanes. Cerca de tres cuartas partes de los musulmanes afirman sentirse leales a sus países de acogida (la encuesta se realizó en Francia, Alemania y el Reino Unido), un dato que sólo percibe así una cuarta parte de la población. En el caso de Alemania, por ejemplo, el número de musulmanes que se identifican con su país (46%) es más alto que el de los alemanes “de pura cepa” (36%). Los ejemplos de percepciones truncadas e inadecuadas, y en consecuencia peligrosas, son legión. Y los datos relativos a los puntos de acuerdo no son menos interesantes, porque existe una gran coincidencia, como factores determinantes para el futuro de nuestras sociedades, en torno a cuestiones tales como el empleo, la vivienda y el bienestar. Por más dispares que sean, pues, las percepciones, las expectativas y las esperanzas son similares.

En lugar, por tanto, de centrarnos en los elementos visibles que nos paralizan, haríamos bien en ocuparnos de visibilizar las preocupaciones que compartimos en materia social, política y económica. Más allá de su pluralidad cultural y religiosa, los ciudadanos occidentales comparten muchos más valores y esperanzas de lo que, a primera vista, parece. Pero, para hacerlo así, es necesario tomar antes la decisión de asumir el riesgo de abrirnos y abordar los verdaderos problemas que afectan a las sociedades contemporáneas. Se trata de unirnos para enfrentarnos juntos a la pobreza, la marginación social, el desempleo, la inseguridad, etcétera; es necesario que nos comprometamos y empeñemos en mejorar la dignidad de los seres humanos, los excluidos, los inmigrantes, los sin papeles y las mujeres y niños convertidos en mercancías de un nuevo tipo de esclavitud, que va desde la prostitución hasta la explotación más inhumana. Unámonos en un “nosotros” que, yendo más allá de las percepciones, apunte a una sociedad plural y más justa, aporte conocimiento y respeto mutuo, restableciendo el debate crítico y la esencia

del acto político que afronta visiones, filosofías de gobierno, ideas y estrategias de acción.

Las cosas evolucionan y llevará un tiempo, bastante tiempo, superar la crispación actual. Y tal cosa exigirá el compromiso de las mujeres y los hombres decididos a cambiar las percepciones, valorar las diferencias y celebrar, sin rechazo, pero también sin ingenuidad, la nueva visibilidad cultural y religiosa. El debate crítico debe permanecer abierto. No se trata tan sólo de ir más allá de las percepciones, sino que también hay que ir más allá de las declaraciones de buenas intenciones.

Este fue el camino que decidí emprender cuando tenía veinte años, un camino sinuoso y difícil por el que todavía prosigo mi andadura. Se trata de mantenerse fiel a uno mismo y de enfrentarse a las percepciones, los análisis simplistas y las manipulaciones ideológicas. Es necesario determinar los objetivos, saber quiénes son nuestros amigos y reconocer el horizonte de la adversidad. El camino es largo, pero no hay más alternativa que acompañar a la historia, superando lo transitorio, y cambiar todo lo que esté en nuestra mano: nuestra inteligencia, nuestra arrogancia, nuestros miedos, nuestras dudas y nuestra ceguera. El camino es largo y difícil y yo me esfuerzo, en la medida de mis posibilidades, en no alejarme de la dirección correcta. Y también tengo la convicción, la íntima convicción, de que, por más largo y dificultoso que sea, nuestro porvenir está abierto. A “nosotros” nos toca comprometernos, con la humildad de quienes lo intentan y la ambición de quienes sirven. Ha llegado la hora de que, junto al griterío de quienes se empeñan en destruir y dividir, empiece a escucharse la voz de quienes tienden puentes y alientan el encuentro. Hay que tornarse positivamente visibles y expresar nuestro rechazo a las posturas extremas y la determinación de desarrollar un auténtico pluralismo, una filosofía asumida del pluralismo.

TARIQ
RAMADAN
Profesor del Instituto Oriental de Estudios Islámicos
Contemporáneos y del St Antony's College (Oxford)

[1]. *The Gallup Coexist Index 2009: A Global Study of Interfaith Relations*, publicado en Londres, el 7 de mayo del año 2009.

INTRODUCCIÓN

El presente libro es una obra de clarificación. En las páginas que siguen expongo, de forma deliberadamente accesible, las ideas fundamentales que, desde hace más de un par de décadas, no he dejado de defender. Se trata de un texto destinado a quienes no disponen de demasiado tiempo, es decir, las personas normales y corrientes, los políticos, los periodistas, ciertos trabajadores sociales e incluso educadores deseosos de entender y, en lo posible, de corroborar. También quiero invitar a los lectores interesados en mi pensamiento a que no se contenten con teclear mi nombre en uno u otro de los motores de búsqueda de internet (y descubrir el millón de vínculos aproximados que, en su inmensa mayoría, se limitan a informar de lo que sobre mí se ha escrito), ni a quedarse con lo que dicen las enciclopedias virtuales autodenominadas “libres” (como Wikipedia, por ejemplo, con textos saturados, por otra parte, de errores y análisis sesgados), y traten de leer directamente, en su lugar, mis textos.

Durante los últimos años se me ha presentado como un “intelectual controvertido”. Y, aunque el significado de esta expresión no siempre esté claro, todo el mundo parece

coincidir en que se trata de alguien cuyo pensamiento no deja a nadie indiferente. Hay quienes alaban ese tipo de pensamiento y quienes lo critican, pero en cualquiera de los casos, lo cierto es que nos obliga a reflexionar y reaccionar. Jamás me he limitado a un ámbito de interés, ni me he pronunciado tan sólo a propósito de la “religión musulmana”, si bien es importante constatar que uno de los ámbitos de mi trabajo tiene que ver con la reflexión teológico-legal a partir de las referencias islámicas. En modo alguno represento a todos los musulmanes, sino que me ubico en la corriente reformista que, para mí, consiste en permanecer fiel a los principios del islam y a sus fuentes escriturarias, teniendo simultáneamente en cuenta la evolución de los contextos históricos y geográficos. Son muchos los lectores que, por su falta de interés en cuestiones religiosas o no contar con conocimientos adecuados en ese campo, tienen dificultades en entender tanto mis objetivos como mi metodología. A diferencia de los literalistas, que se limitan a citar los versículos, los reformistas debemos colocarlos en perspectiva, contextualizarlos y esbozar nuevas comprensiones. Y es que, para que el lector o el oyente comprendan deben seguir, desde el comienzo hasta el final, el razonamiento, so pena de malinterpretar sus conclusiones y creer, por ejemplo, que se trata de un pensamiento contradictorio o que esconde un “doble lenguaje”. Convendría aquí aclarar las cosas. El “doble lenguaje” consiste en decir una cosa ante determinado auditorio, para engañarlo o adularlo, y otra cosa, con un contenido diferente, ante otro auditorio o en otro lenguaje. Pero adaptar el nivel de lenguaje o la naturaleza de las referencias en función del público no supone, en modo alguno, incurrir en un doble lenguaje. Si me dirijo, pues, a mis alumnos, utilizo un lenguaje culto y empleo referencias filosóficas que estén en condiciones de entender. Si, por el contrario, me dirijo a agentes sociales o a una audiencia de trabajadores manuales, adapto mi